

HELMANTICA

REVISTA DE HUMANIDADES CLASICAS
PONTIFICIA UNIVERSIDAD ECLESIASTICA.-SALAMANCA

AÑO VII

MAYO-AGOSTO DE 1956

NÚM. 23

El primer Congreso Español de Estudios Clásicos, realidad y promesa

Escribimos rápidamente este breve comentario, cálida aun la impresión que en nuestro ánimo han dejado las sesiones del Primer Congreso Español de Estudios Clásicos, celebrado en Madrid del día 15 al 19 de Abril del corriente año. En la sección oportuna de este mismo número de la revista hallará el lector la reseña de las intensas sesiones y actos del mismo. Aquí nos interesa sólo hacer resaltar algunas consideraciones.

Grandes eran las esperanzas e ilusiones puestas por todos en el Congreso; pero éstas quedaron superadas por la realidad.

La primera gran realidad —y sorpresa— fué el crecido número de congresistas: más de trescientos. Junto a los maestros consagrados, los jóvenes profesores y estudiantes de hoy, que acudieron de todos los puntos de España: de las Universidades, Institutos, Colegios, Seminarios, Casas Religiosas de Estudio, Centros de investigación no sólo en el campo de la Lingüística, sino también en el de la Historia y Arqueología. El Claustro de la Facultad de Humanidades Clásicas de la Universidad Pontificia de Salamanca, lo mismo que la Junta Directiva de la Asociación Humanística Española, acudió en pleno. Desde el primer momento todos nos sentimos hermanados en comunes entusiasmos por los estudios que profesamos y en el deseo de encontrar y discutir nuevos cauces y métodos para nuestra labor de pedagogos e investigadores, dentro siempre del imprescindible rigor científico. Junto a los congresistas españoles, vi

mos a grandes maestros de otros países, especialmente invitados por el Comité de Organización: los Profesores Alfonso Dain, Miguel Lejeune, Roberto Etienne, Enriqueta Malcovati, James H. Oliver, L. R. Palmer, Américo da Costa Ramalho, H. Bardon, etc.

Una de las finalidades del Congreso era precisamente establecer útiles contactos personales y científicos. Desde este Congreso se puede decir que todos los cultivadores de las letras clásicas nos conocemos personalmente y hemos intercambiado opiniones, preocupaciones, problemas y soluciones, tanto en el campo científico del estudio y de la investigación, como en el práctico y pedagógico. Y del conocimiento ha brotado el aprecio y la confianza cordial, prenda de futuras colaboraciones. Hay tareas que únicamente se pueden llevar a cabo en equipo.

El tema de la sesión inaugural versó sobre «D. Marcelino Menéndez y Pelayo y los estudios clásicos». Nada más justo y oportuno. Ab Iove principium. ¹ Aunque no se diera la coincidencia de celebrarse este año el centenario de su nacimiento, el recuerdo del «maestro y modelo de los intelectuales españoles» ² hubiera sido obligado en un Congreso que nunca hubiera sido posible sin su batallar incansable en pro de la restauración de los estudios clásicos en España. Como advirtió el ponente Sr. S. Lasso de la Vega, al hablar de D. Marcelino Menéndez y Pelayo hay que esforzarse en huir del tópico y del ditirambo. Conforme; pero ahí está el hecho: en la época del ostracismo del griego y del latín en la enseñanza oficial española, la suya fué la única voz con repercusión nacional que se alzó para denunciar el desatino de tal atraso, e hizo cuanto pudo y supo (que fué enorme, para sus posibilidades de solitario) para infundir en el tronco de la vida cultural española la savia vivificadora de la antigüedad clásica. El, cual otro Apolo a Eneas y a sus compañeros, repitió en todos los tonos a los españoles: «Antiquam exquirite matrem» ³, que para él era Grecia y Roma. El Congreso, por sí sólo, ha significado el triunfo de uno de los ideales por los que D. Marcelino Menéndez y Pelayo quemó su existencia.

¹ VIRG. *Eglog.* III, 60.

² Declaración conjunta de los Metropolitanos Españoles. 1.º de abril de 1956.

³ VIRG. *Aen.* III, 96.

Fruto sazonado de este renacimiento clásico en España fué el volumen que se nos ofreció el primer día y que inicia la colección de «Publicaciones de la Sociedad Española de Estudios Clásicos», Bibliografía de los Estudios Clásicos en España (1939-1955), de 453 apretadas páginas. Preparar en tan poco tiempo y con la perfección lograda este trabajo, que tanto echábamos de menos en nuestro quehacer cotidiano, sólo ha sido posible merced a una voluntad de hierro en quien lo impulsó y dirigió, y a la colaboración inteligente de abnegados miembros de nuestra Sociedad Española de Estudios Clásicos. El balance —que eso es este volumen— de cuanto se ha publicado en España desde 1939 a 1955 en todos los campos de los estudios clásicos, no puede ser más consolador y esperanzador.

Ahora bien, hay que preguntarse en dónde está la semilla inmediata de este sorprendente florecimiento. Es claro que en el plan de Enseñanza Media de 1938, de amplia base clásica. Dicho plan —así se reconoció en el Congreso— despertó y alentó los entusiasmos por la cultura de Grecia y Roma en sucesivas promociones de estudiantes, que hoy son competentes y abnegados profesores e investigadores. La resistencia y oposición que aun hoy se advierte en amplios sectores de la sociedad española contra los estudios clásicos, no proviene ciertamente de quienes siguieron ese plan, que, en sus cortos años de vigencia, a pesar de sus inevitables fallos —de aplicación, más bien— ha sido suficiente para que España dejara de estar al margen de los estudios de lo antigüedad grecolatina y entroncara con nuestro mejor pasado.

¿Qué hacer para que este evidente refloramiento no se malogre, antes bien prospere cada día?

En primer lugar, hay que lograr que no se disminuyan en modo alguno las horas dedicadas en el plan actual de Enseñanza Media al griego y al latín, sino que, por el contrario, se establezcan determinadas reformas de detalle para que el estudio de estas dos disciplinas sea más eficaz y prestigiado. En este sentido el Congreso formuló un caluroso voto ante el Sr. Ministro de Educación Nacional, presente en la sesión de clausura. La verdad era que flotaba en el ambiente el temor vago de que en la posible poda de asignaturas en el Bachillerato la víctima iba a ser, como siempre, el griego. Todos teníamos presentes las palabras doloridas de D. Marcelino Me-

néndez y Pelayo: «¿Ni qué Filología ha de prosperar en esta nación, que, por privilegio singular y deshonroso entre todas las de Europa, es la única que ha excluido el griego de su enseñanza elemental, sin que este singular desatino, consumado en 1867, haya logrado hasta la fecha enmienda ni reparación de los infinitos gobernantes que se han sucedido en estos veinte años de los mayores y más trascendentales cambios, revoluciones, caídas de dinastías, nuevas formas de gobierno, restauraciones..., cuanto cabe en el proceso histórico? Sólo para la pobre lengua de Homero, de Píndaro y de Demóstenes no ha habido ni revolución, ni restauración, ni nada en suma. Sólo para ella, o más bien para daño suyo, han cobrado eternidad los decretos y reales órdenes, que para los demás suelen vivir en España la vida de las flores. En perseguir al griego todos son unos. Un ministro moderado le desterró de los Institutos; otro ministro republicano le redujo a un curso en la Facultad de Letras. Con tales precedentes, para creer que en adelante se formen helenistas españoles, habrá que creer en la generación espontánea»⁴. El Sr. Ministro, en las palabras de clausura del Congreso, tranquilizó a los congresistas sobre el particular, declarando que el Estado concede hoy a los estudios clásicos una importancia que quizá la sociedad no reclama; que él aspira firmemente a poner al mismo nivel las posibilidades de la filología clásica y los deseos de la sociedad española; y que para esta difícil tarea cuenta con el apoyo de la Sociedad Española de Estudios Clásicos.

En segundo lugar, los profesores de Filología Clásica deberemos tratar de superarnos cada día en preparación científica, dedicación a la enseñanza y renovación de métodos. Debemos reconocer que, en el desprestigio y falta de ambiente social de los estudios clásicos, alguna culpa nos cabe a los que los profesamos. Provechosísimas, para subsanar pasados errores y señalar nuevos caminos y metas, fueron las sesiones dedicadas a los problemas pedagógicos y didácticos. Hay que evitar igualmente dos peligros: el ceñirse en las clases al paladeo de los autores clásicos, sin la suficiente base científica, filológica y lingüística; y deshumanizar casi del todo, en aras

⁴ M. MENENDEZ Y PELAYO en el prólogo (pág. XII-XIII) a la *Gramática Griega Elemental*, de Jorge Curtius, traducción de Enrique Soms y Castelin. Madrid, 1887.

de un mal entendido positivismo científico, los estudios humanos por excelencia. Hay que colmar, por otra parte, ese cierto desnivel que existe entre la alta investigación y la práctica de la enseñanza, que acertadamente señaló D. Antonio Tovar en su discurso de clausura. Dignas de la más atenta consideración y meditación fueron las observaciones metodológicas y de orientación general en la pedagogía de los estudios clásicos hechas por D. Lisardo Rubio y D. Martín Sánchez Ruipérez. Sólo con este espíritu tenso lograremos llenar el vacío de una tradición clásica inmediata en España, que por unos años nos ha hecho ir a remolque de los avances científicos de otros pueblos.

Creemos fundadamente que el Primer Congreso de Estudios Clásicos será un hito memorable en la historia de nuestra cultura.

MANUEL DIAZ LEDO, S. D. B.